

Didáctica

Ajedrez y filosofía: en el camino hacia la responsabilidad

Chess and philosophy, on the path to responsibility

Marcos Alonso Fernández

Resumen

En este artículo trataremos de defender las posibilidades educativas del ajedrez, no desde el paradigma psico-pedagógico desde el que se suele afrontar la cuestión, sino desde una perspectiva filosófica. En estas líneas sostendremos que el ajedrez constituye, no sólo una gran herramienta educativa, sino una experiencia privilegiada de libertad y responsabilidad. Tras una breve delimitación de estos términos, realizaremos una fenomenología del juego y del ajedrez en particular, que pondrá de manifiesto las posibilidades del llamado «juego entre los juegos».

Abstract

In this article we will try to defend the educational possibilities of chess, not from the psycho-pedagogical paradigm from where it is usually faced, but from a philosophical perspective. In these lines we will maintain that chess constitutes, not only a great educational tool, but a privileged experience of freedom and responsibility. After a brief delimitation of these terms, we will carry out a phenomenology of game and of chess in particular, that will reveal the possibilities of the so-called «game of games».

Palabras clave: ajedrez, juego, educación, responsabilidad, fenomenología.

Keywords: Chess, Game, Education, Responsibility, Phenomenology.

El ajedrez siempre ha sido calificado como el «juego de juegos». Sus relativamente sencillas reglas dan lugar, no obstante, a una interminable complejidad que ha entretenido y maravillado a jugadores por siglos y siglos. Si bien su popularidad no puede compararse a la de otros deportes de masas más accesibles –y más fácilmente mercantilizables–, esto no significa que el ajedrez esté en horas ba-

jas, pues de hecho su relevancia y repercusión siguen en aumento². Sin embargo, el ajedrez, por su idiosincrasia y características nunca hallará su lugar natural entre los deportes de masas; su futuro, como numerosas iniciativas están mostrando³, está en el ámbito de la educación.

Este artículo precisamente tratará de reflexionar, desde una perspectiva filosófica, sobre el lugar del ajedrez dentro de la educación. Muchos estudios se han dedicado, desde campos como la psicología o la pedagogía, a probar las virtudes aptitudinales del ajedrez: cómo mejora la concentración, potencia la memoria, o aumenta la atención. Desde la neurociencia también se ha venido defendiendo que el ajedrez ayuda a frenar el deterioro cognitivo provocado por enfermedades como el alzheimer o el parkinson. El enfoque que aquí se presenta, sin dejar de tener en cuenta y valorar estas cualidades del ajedrez, tratará de ir más allá y reconocer el verdadero valor educativo del ajedrez como experiencia privilegiada de la responsabilidad. La tesis defendida será que el ajedrez se inscribe de manera inmejorable dentro de un proyecto educativo de formación humana y en valores. En un proyecto de este tipo, el ajedrez presta un servicio mucho mejor que asignaturas en esencia memorísticas como geografía, complementando –si bien nunca supliendo– a asignaturas como religión, ética o filosofía.

No obstante, antes de llegar a esta conclusión fundamental, debemos delimitar los términos de nuestra discusión, más si cabe cuando éstos refieren a términos tan ambiguamente utilizados y fácilmente malinterpretados como son educación, juego o libertad.

1. ¿Qué es educar?

Antes de pasar a hablar de las virtudes pedagógicas del ajedrez se hace necesario, como es lógico, entender qué es eso que llamamos educación. Educar no es atiborrar a los niños con una serie de conocimientos inútiles que éstos ni quieren ni pueden retener. Educar, como su raíz latina indica, no es más que guiar, que poner en

² Un ejemplo de esto lo hemos tenido con el último campeonato del mundo entre Carlsen y Anand, donde las noticias relacionadas con este *match* han estado durante semanas entre las más visitadas de páginas de diarios como *El País* o *El Mundo*.

³ Iniciativas como el congreso anual *Chess Helps you Think*, del Colegio GSD, o el reciente curso «El valor educativo del ajedrez: balance y perspectivas de futuro», celebrado en la UIMP Valencia, entre otras.

el camino. Pero, ¿en qué camino? Una primera respuesta sería: en el camino hacia la libertad, en el camino hacia la autonomía. Educar es hacer hombres y mujeres libres, seres humanos que piensen por sí mismos. Esta es la paradoja central de la educación, y por mucho que un docente se esfuerce, nunca podrá «inocular» los conocimientos en el alumno, lo máximo que puede hacer es ayudarlo a que aprenda.

Ahora bien, si entendemos ser libre como hacer lo que nos venga en gana, estaremos utilizando una definición muy falsa y equivocada de la libertad. Ser libre es todo lo contrario de hacer lo que se quiera; ser verdaderamente libre conlleva irremediabilmente ser responsable de nuestros actos, lo que a su vez implica no poder hacer cualquier cosa:

«Al brotar de mi elección las acciones que componen mi vida resulto responsable de ellas. Responsable, no ante un tribunal de este o del otro mundo, sino por lo pronto responsable ante mí mismo. Porque si la acción tiene que ser elegida necesito justificar ante mi propio juicio la preferencia, convencerme de que la acción escogida era, entre las posibles, la que tenía más sentido»⁴.

Las palabras del maestro Ortega y Gasset no podrían ser más certeras. Ser libre, en el sentido propio de la palabra, significa elegir hacer aquello que tenemos que hacer, y no cualquier línea de acción. La libertad pasa así a entenderse no como un don sino como una gran carga, si bien también un honor.

Educar, por tanto, significa básicamente hacer ciudadanos –hombres y mujeres– libres en el sentido propio y auténtico de la palabra libertad. Este sentido propio y auténtico de la libertad tiene como reverso el de la responsabilidad. Sólo somos auténticamente libres cuando somos responsables de lo que hacemos. Mi experiencia y lo que aquí defenderé es que el ajedrez es un inmejorable ejemplo de esta libertad entendida como responsabilidad, y que, por tanto, bien entendido y bien enfocado, el ajedrez puede ser una herramienta educativa extraordinaria.

2. La responsabilidad, tema de nuestro tiempo

En los últimos tiempos, es cierto que la responsabilidad ha cobrado protagonismo y se ha erigido en una de las principales categorías

⁴ ORTEGA Y GASSET, José: *Obras completas*. Taurus, Madrid, 2009, vol. IX, p. 1172.

del pensamiento actual. Indaguemos en los orígenes de la categoría de responsabilidad, para comprenderla mejor y comprender así el enorme valor del ajedrez.

La responsabilidad es uno de los temas clave de la filosofía y pensamiento contemporáneos, y por buenos motivos. La necesidad que tiene nuestra época de incidir en el concepto de la responsabilidad viene dada por el desarrollo de la historia en el siglo XX, sobre todo por dos grandes «llamadas de atención»: el peligro de la guerra nuclear y la incógnita de la ingeniería genética. La física, a principios del siglo XX, y la biología y ciencias de la salud a finales del mismo siglo, han tenido un enorme e imparable avance que ha cambiado por completo la fisonomía de nuestro mundo. Nos encontramos ante poderes capaces de cambiar radicalmente el mundo y a nosotros mismos; y lo más preocupante es que estos avances no parecen haber llegado a su fin y es de esperar que nuestras posibilidades aumenten a medida que pasen los años. La filosofía del siglo XX trató extensamente esta problemática, con nombres como Heidegger, Gadamer o nuestro Ortega. Pero quien deja la obra fundamental a este respecto es Hans Jonas, cuando publica en 1979 *El principio de responsabilidad*⁵. Surgieron así las llamadas éticas de la responsabilidad, todas ellas centradas en esta importantísima categoría.

Hoy en día estamos muy acostumbrados a esta palabra, «responsabilidad». No nos cansamos de oír que hay que ser responsable con el medio ambiente, que hay que buscar un consumo responsable y sostenible. E incluso, más allá de la referencia a los problemas medioambientales, el término responsabilidad ha calado en nuestro vocabulario cotidiano y lo utilizamos con soltura a toda hora. Mas, lo que quizás no sea tan conocido es que el término «responsabilidad» es un término relativamente reciente, que no existe como tal en el latín y que no aparece en las lenguas romances hasta el siglo XVIII. El origen de esta palabra, «responsabilidad», se encuentra en el verbo latino *spondeo*, cuyo primer sentido es el de asumir un compromiso solemne de carácter religioso. Uno de estos compromisos era el de comprometer a una hija en matrimonio, ceremonia denominada *sponsalia* (esponsales) –de donde vienen nuestras palabras desposar y esposo/esposa–. De *spondeo* proviene también responder, cuyo significado originario no era tanto contestar como «cumplir con el compromiso asumido». Re-sponder sería, por tanto, volver sobre

⁵ Cf. JONAS, Hans: *El principio de responsabilidad: ensayo de una ética para la civilización tecnológica*. Herder, Barcelona, 2004.

aquello que se había prometido y hacerse cargo de ello. La responsabilidad, en una primera aproximación, consistiría básicamente en la capacidad para responder. Responsable es aquel que puede responder, aquel que puede hacerse cargo de sus compromisos.

Esta idea es la que va a perdurar en el concepto de responsabilidad que llega a nuestros días. Aparece por primera vez en el *Diccionario Histórico de la Lengua* en 1745, pero este primer sentido con que se va a recoger el concepto de responsabilidad es estrictamente jurídico: el responsable es aquel que tiene que dar cuentas o reparar alguna pérdida o daño. La responsabilidad jurídica se centra en la idea de una responsabilidad consecuente: una vez hecho algo hay que hacerse cargo de eso que se ha hecho. Pero a finales del siglo XIX y principios del XX la idea de responsabilidad va a dar un giro de este sentido estrictamente jurídico a un sentido principalmente moral. Este giro consistirá en invertir la dirección de la responsabilidad: en lugar de una responsabilidad consecuente, centrada sólo en las consecuencias, va a surgir una responsabilidad antecedente, que pone el acento en la necesidad de ponderar bien nuestros actos y tomar las decisiones correctas. Un giro que puede entenderse como una actualización de la *phrónesis* aristotélica, uno de los conceptos clave de su ética. *Phrónesis* es un término que habitualmente es traducido por prudencia pero que originalmente alude a esta responsabilidad antecedente a la que nos hemos referido⁶.

3. Fenomenología del juego

En nuestro recorrido hemos llegado a las siguientes importantes constataciones:

- 1) Que la educación consiste en formar hombres y mujeres libres.
- 2) Que esta libertad, única verdadera meta de la educación, sólo es auténtica libertad si se entiende de manera inseparable con su reverso: la responsabilidad.
- 3) Que la responsabilidad consiste no sólo en dar cuenta de lo que hacemos sino en tomar conciencia de que somos dueños de nuestros actos y aprender, por tanto, a tomar las decisiones más adecuadas en cada situación.

Pues bien, ahora nos preguntamos: ¿Qué tiene que ver todo esto con el ajedrez? ¿Qué tienen que ver los avances técnicos en ener-

⁶ Cf. AUBENQUE, Pierre: *La prudencia en Aristóteles*. Crítica, Barcelona, 1999.

gía nuclear o en ingeniería genética con un humilde juego como el ajedrez? Mi tesis, como antes anuncié, es que el juego del ajedrez supone una experiencia privilegiada de esta libertad y responsabilidad que venimos comentando, y que, por tanto, su valor para la educación es incalculable. Pues no sólo se trataría de que el ajedrez sea una gran herramienta educativa, de que fomente ciertas cualidades y potencie ciertas aptitudes; el ajedrez tiene un valor que excede cualquier consideración utilitaria sobre el mismo y que tiene que ver con su *capacidad para acercarnos a esa dimensión de la libertad y la responsabilidad donde reside el fondo de nuestra humanidad*.

En cierto sentido, esto es algo que el ajedrez comparte con todos los juegos. Como pensadores de la talla de Heidegger o Gadamer han puesto de manifiesto, el juego es uno de los vehículos –si no el vehículo– que permite al hombre acceder al mundo humano de sentido y significación. Una figura clave en este ámbito ha sido Huizinga con su obra *Homo Ludens*⁷, quien influyó notablemente en todos los autores posteriores que trataron el tema. La fenomenología del juego ha sido uno de los grandes temas de la segunda mitad del siglo XX, tanto desde autores procedentes de la fenomenología-hermenéutica como Fink⁸ o Gadamer⁹, cuanto desde la filosofía analítica con Wittgenstein¹⁰. A todos nos encanta el jugar, y esto ya debería ponernos sobre aviso de su importancia en la vida humana. Pues, aunque muchas veces veamos los juegos como simples esparcimientos o divertimentos que nos relajan de la dura vida cotidiana, lo cierto es que el juego tiene una significación mucho más honda en la economía de la vida humana.

Cuando hablamos de jugar, esto muchas veces viene a significar «hacer algo trivial y poco importante», pero si reflexionamos sobre lo que es el juego nos daremos cuenta de que sucede más bien al contrario. Solemos decir que jugamos para divertirnos o relajarnos, dando a entender que el juego es sólo un paréntesis de nuestra vida real, de nuestra vida verdaderamente importante, que es la que vivimos antes y después del juego. El juego nos daría fuerzas para retomar nuestros quehaceres de la vida real, la vida más allá del juego. Mas, aunque no nos demos cuenta, ocurre de manera totalmente

⁷ Cf. HUIZINGA, Johan: *Homo Ludens*. Alianza, Madrid, 2008.

⁸ Cf. FINK, Eugen: *Spiel als Weltsymbol*. W. Kohlhammer, Stuttgart, 1960.

⁹ Cf. GADAMER, Hans-Georg: *Verdad y Método* (I y II). Sígueme, Salamanca, 2005-2006.

¹⁰ Cf. WITTGENSTEIN, Ludwig: *Investigaciones filosóficas*. Crítica, Barcelona, 2008.

inversa. Toda nuestra vida de trabajo y pesadumbre, de esfuerzo y sufrimiento, tienen como único fin darnos una cierta holgura para jugar a nuestros juegos preferidos. Jugamos a amar, jugamos ser padres, jugamos a crecer como personas, etc. Podría decirse que el juego es uno de los lugares desde los que la vida humana cobra sentido, donde el hombre puede sentirse realizado. Precisamente porque jugar, como todas las actividades verdaderamente valiosas, es algo que hacemos no por sus resultados, no por lo que podamos conseguir al hacerlo; sino algo que hacemos por sí mismo, por el propio deleite de llevarlo a cabo. Las actividades más perfectas son aquellas que son fines para sí mismas, y no medios, como ya decía Aristóteles. El fenomenólogo Eugen Fink afirmaba que el juego es un «oasis de felicidad»¹¹, el cual importa por sí mismo y no debe ser referido a finalidades extrínsecas, so pena de echarlo a perder. Debemos aprender a jugar por el mero disfrute de jugar. Si jugamos por conseguir un premio, por contentar a nuestros padres o, incluso, por relajarnos, estamos degradando el juego y estropeando una experiencia que podría y debería ser maravillosa. También Karl Bühler, en su importante *El desarrollo espiritual del niño*¹², incide en la misma idea del valor educativo del juego entendiéndolo como «placer funcional» independiente de sus resultados.

El juego es un fin en sí mismo, y por tanto una actividad de suma importancia, frente a lo que estamos acostumbrados a pensar. Ortega y Gasset siempre decía, frente a los existencialismos que en su época afirmaban que la vida era sólo angustia y desesperación, que la vida, además de este lado trágico innegable, tenía también un lado jovial y deportivo. El sentido deportivo de la existencia consiste en tomarla como un juego, afrontándola con la ilusión de jugar de la mejor manera posible y disfrutando cada fase del juego. Lo cual, repetimos, no quiere decir que el juego sea un mero entretenimiento banal. Como dice Tomás Domingo:

«El juego es evasión, imaginación y diversión, pero no ha de ser entendida esta diversión como se entiende habitualmente. Evadirse no es olvidarse de la vida, al contrario, es asumirla más plenamente, más responsablemente. Lo que el juego nos ofrece, diría prolongando a Ortega, es una educación para la responsabilidad, porque el

¹¹ Cf. FINK, Eugen: *Oasis de felicidad. Pensamientos para una ontología del juego*. México, Fondo de Cultura Económica, 1966.

¹² Cf. BÜHLER, Karl: *El desarrollo espiritual del niño*. Espasa-Calpe, Madrid, 1934.

juego nos somete a ciertas reglas: no hay juego sin reglas. Viajar a un mundo implica someterse a las reglas y peculiaridades de ese mundo. Jugar es aprender a responsabilizarse, aprender a vivir el riesgo y sus consecuencias»¹³.

5. El ajedrez como experiencia de auténtica libertad

El ajedrez es, frente a otros juegos, un juego particularmente idóneo para la educación, por la experiencia de la libertad que en él se da. Por un lado tenemos la experiencia, común a todos los juegos, de vincularse libremente al mismo. Pero en el ajedrez hay más. En otros juegos, la simplicidad de los elementos y de las relaciones entre ellos desembocan en que su práctica acabe tomándose repetitiva y mecanizada. Aunque la competición y el deseo de ganar sigan incentivándonos, su desarrollo es siempre el mismo. En el ajedrez cada partida es verdaderamente un mundo en sí mismo. En el fútbol puede haber situaciones en que lo mejor sea jugar con uno o ningún defensa, pero son ocasiones rarísimas. En ajedrez puede decirse que es mejor desarrollar los caballos antes que los alfiles. Pero las situaciones en que de hecho esta regla no se cumple es casi igual al número de veces que ocurre. Y, sin embargo, esto no significa que la regla de sacar los caballos antes que los alfiles no tenga validez; lo que ocurre es que hay muchos otros factores que hay que tomar en cuenta para tomar la decisión.

Esta complejidad y conjunción de factores que el ajedrez nos presenta es lo que le convierte en el gran educador que es. En la decisión en ajedrez podemos ver con mucha claridad las fases del acto voluntario, estudiadas entre otros por Fernando Savater en «Fenomenología de la decisión ética»¹⁴. En primer lugar tendríamos el momento originario *motivación*, que en ajedrez nos viene dado por el objetivo del juego y la configuración concreta de las piezas en cada momento. En segundo lugar tendríamos la *reflexión*, de gran importancia en ajedrez, y que supone la necesidad de volver a considerar tanto esa motivación originaria como posteriormente nuestra elección preliminar. Sólo los mejores jugadores tienen tan desarrollada esta capacidad que, paradójicamente, pueden prescindir rela-

¹³ DOMINGO, Tomás: «La seriedad del juego: reflexiones desde Ortega y Gasset», en BOIX, S. (coord.): *Creecer jugando*. Organización Juvenil Española (Ministerio de Asuntos Sociales), Madrid, 2008, p. 21.

¹⁴ SAVATER, Fernando: «Fenomenología de la decisión ética», en *El contenido de la felicidad*. Aguilar, Madrid, 2002.

tivamente de ella al haberla interiorizado profundamente. En tercer lugar dentro de esta fenomenología de la decisión tendríamos la *deliberación y ponderación*, que en ajedrez implica no sólo elegir de entre las posibles jugadas candidatas que hayamos identificado, sino también valorar si el tiempo empleado en tomar una decisión será el adecuado. Y por último, estaría la *decisión* propiamente dicha, que es el resultado de todo el proceso previo. El ajedrez enseña de manera viva a llevar a cabo este proceso sin saltarse ningún estadio, pues la falta de reflexión o deliberación lleva inevitablemente a la derrota.

La clave, como antes decíamos, es que aunque nos podemos servir de reglas y patrones en ajedrez, en último término siempre somos cada uno de nosotros quienes tenemos que tomar libre y creativamente la decisión. Jugar mecánicamente aplicando preceptos a las partidas acaba casi siempre en derrota. El ajedrez, pese a su simplicidad inicial (6 piezas distintas y 64 casillas), da lugar a una complejidad muy similar a la que nos presenta nuestra propia vida. Tomar una buena decisión ante el tablero es casi tan difícil como tomar una buena decisión en nuestra vida. Además, esta situación de enfrentarse a un problema, a un dilema, y tener que tomar una decisión verdaderamente libre, es algo que en cada partida se da infinidad de veces, con lo que el jugador está experimentando esta libertad prácticamente de continuo.

En la partida de ajedrez tenemos una experiencia de verdadera libertad humana. Esta es precisamente la experiencia de la libertad responsable a la que se viene aludiendo desde el principio: ser libre es elegir, y al elegir tenemos que justificar tanto aquello que ganamos con la elección como aquello que perdemos con ella. Ninguna elección es indiferente, siempre ganamos algo y perdemos algo con nuestras decisiones. Y estas decisiones nos van conformando a nosotros mismos, si elegimos lo mejor nos convertiremos en versiones mejores de nosotros mismos; si elegimos lo peor nos convertiremos en versiones peores de nosotros mismos. De idéntica manera ocurre con el ajedrez: buenas decisiones llevan a buenas posiciones y victorias; malas decisiones llevan a malas posiciones y a derrotas.

La analogía de vida y ajedrez cobra aquí todo su sentido. Imaginemos, a modo de ejemplo, el dilema en que un joven se encuentra ante la opción de comenzar a fumar o no. Un joven que se haya fogueado en el campo de pruebas del ajedrez tendrá más posibilidades de tomar la decisión correcta. Verá la ganancia a corto plazo en cuanto popularidad y aceptación social; pero de igual modo comprenderá todos los perjuicios que esa decisión le comportará, como problemas de salud, problemas con sus padres, gasto de dinero... El dilema en-

tre fumar o no es ensayado por el jugador de ajedrez infinidad de veces a lo largo de sus partidas. El ajedrez es un gran pedagogo en este sentido, pues las consecuencias de perder una partida siempre son menos perniciosas que las de introducirse en las drogas, por ejemplo.

6. La riqueza y profundidad de la experiencia ajedrecística

Lo verdaderamente interesante son los matices con los que se da esta experiencia de la libertad. Es esta riqueza de matices lo que realmente aproxima la experiencia de jugar al ajedrez a la propia vida. Pues en el ajedrez, como en la propia vida, tenemos siempre que tomar una decisión, no podemos mantenernos en el limbo de la indecisión. En el ajedrez, como en la vida, tenemos un tiempo limitado para tomar nuestras decisiones, y no podemos malgastarlo o creer que nos sobra. En el ajedrez, como en la vida, las decisiones casi nunca son obvias, no son elegir entre blanco y negro: el ajedrez enseña a moverse entre la inabarcable gama de colores que conforman nuestro ámbito de decisión. La infinidad de factores que influyen en nuestra elección es muchas veces incalculable, lo mismo que en nuestra vida diaria. En el ajedrez, como en la vida, no podemos fijarnos sólo en las consecuencias inmediatas de nuestras acciones, hay que intentar ver más allá. Pero al mismo tiempo, también en el ajedrez resulta muchas veces difícil anticipar con precisión los resultados de nuestras acciones, y más complicado es aún valorar adecuadamente dicho resultado. Los distintos momentos de la decisión son captados muy fácilmente a través del ajedrez, y es algo que el joven puede poner inmediatamente en práctica en su vida.

El ajedrez enseña además –y la importancia de esto no puede ser subestimada– a ser realista respecto de las expectativas de nuestras acciones, y no caer en el engaño de que todo saldrá como queremos que salga por obra de magia. Lo más interesante a este respecto, quizá, es cómo esto enseña a ser creativo. El ajedrez nos incita siempre a no conformarnos con las primeras opciones y a tratar de buscar siempre alternativas mejores. El ajedrez enseña a reflexionar sobre el abanico de posibilidades que aparentemente se nos presenta y tratar de ampliarlo con nuevas posibilidades en principio ocultas. La libertad es también en gran medida una obra de nuestra imaginación, y cuanto más potenciemos ésta, cuantas más posibilidades seamos capaces de ver, de imaginar, más libres seremos.

La experiencia de la responsabilidad que nos proporciona el ajedrez es privilegiada también por otro motivo. El ajedrez enseña a tomar decisiones en situación, en un contexto y circunstancias determinadas.

Frente a las reglas constituyentes del ajedrez de cómo jugar al ajedrez y las reglas internas de cómo jugar bien al ajedrez (que no son más que recomendaciones), el niño encuentra que, en última instancia, tiene que actuar conforme a la posición concreta que se le presenta. Probablemente se le habrá dicho que hay que enrocarse rápidamente para poner el rey a salvo; pero, en última instancia, él tiene que pensar por sí mismo y considerar si el enroque quizás no ponga a su rey en un peligro mayor. Los patrones y posiciones similares que el niño haya conocido pueden ayudarle, pero nunca podrá tomar decisiones automáticas sin parar a considerar los detalles y entresijos de esa posición concreta. Esto supone un aprendizaje ético extraordinario, y nos saca de una comprensión ética demasiado rígida y estricta en favor de una ética más rica y compleja en la que haya que atender y hacerse cargo de las cambiantes y diferentes circunstancias. La antigua *phronesis* aristotélica no es otra cosa que la reivindicación de la complejidad de la acción humana, la cual no puede asemejarse al saber técnico, no puede consistir en la simple aplicación de métodos preestablecidos.

Inseparablemente unida a esta capacidad para tomar decisiones en situación está la capacidad para valorar dicha situación, algo que el ajedrez también enseña de manera excelente. La primera manera rudimentaria que tienen los niños para hacer esto es contando piezas. Poco a poco descubren el valor relativo de las piezas: el alfil vale tres puntos; por tanto vale más que el peón, que vale solo un punto; pero menos que la torre, que vale cinco puntos. Esto es desde luego una manera muy fácil y divertida de practicar matemáticas, y algo que los niños hacen con naturalidad. Pero el siguiente paso es aún más importante: cuando los niños hacen esto, poco a poco van reconociendo que este valor no es algo dado de antemano, algo que se imponga externamente porque sí, sino que ese valor cuantitativo es el que las propias piezas merecen por su poder en el tablero. Se aprende así a valorar cualitativamente y no sólo cuantitativamente, algo muy importante en el mundo de hoy. No obstante, el ajedrez no se detiene en esta fase del aprendizaje estimativo. El ajedrez, cuando se llega a un cierto nivel, enseña a valorar las posiciones no solo contando el material sino considerando muchos otros factores dinámicos de la posición. Podemos, por ejemplo, tener un alfil de desventaja, pero si a cambio tenemos piezas muy activas mientras que las piezas rivales están descoordinadas, podemos tener una gran ventaja a pesar de tener desventaja material. Esta educación en valores es crucial para conformar no sólo la mente del niño sino su propia aproximación al mundo. Volveremos más adelante sobre este importante punto.

Por último, otra capacidad relacionada con todo lo dicho anteriormente y que es crucial desarrollar en la formación de ciudadanos libres y responsables es la actitud crítica. De nuevo el ajedrez se presenta como un caldo de cultivo inmejorable para desarrollar una sana y necesaria actitud crítica. Al jugar al ajedrez hemos visto cómo naturalmente experimentamos la libertad de elegir nuestros movimientos y de responsabilizarnos de sus consecuencias. En el mismo acto de jugar y en el posible análisis posterior estamos continuamente juzgando nuestros movimientos y los del contrario, intentando entender el porqué de ellos y si había mejores opciones. Esta habilidad es algo que, como se puede adivinar, tiene un gran valor en la vida real, tanto a la hora de mejorar uno mismo en su quehacer como a la hora de vivir en una sociedad junto a otras personas.

La lista de detalles que hacen del ajedrez un universo vital en miniatura es casi interminable. Es precisamente esta riqueza y profundidad lo que hace que las personas curiosas e inquietas se interesen por el ajedrez; pero es también esta exuberancia significativa la que hace que los aficionados al ajedrez nunca se cansen ni se aburran con este aparentemente limitado juego. Transmitir esta pasión por el ajedrez debería ser meta de cualquier docente, pues es el paso previo y necesario para disfrutar de la auténtica experiencia formadora y educativa del ajedrez.

7. La responsabilidad en el ajedrez

Como ya hemos apuntado, «el juego no está reñido con la responsabilidad, al contrario, es un camino hacia ella»¹⁵. Sin embargo, la responsabilidad en el ajedrez adquiere un cariz distintivo e importante. La diferencia fundamental respecto a otros juegos es que el ajedrez es un juego donde no interviene el azar. Esta es una de las principales razones por las que calificábamos el ajedrez como experiencia privilegiada de la responsabilidad: el niño va comprendiendo que lo que ocurra en el tablero depende enteramente de lo bien o mal que juegue, lo que le lleva a reflexionar sobre lo que hace y responsabilizarse de sus actos. En este sentido el ajedrez nos da una experiencia de la responsabilidad aún más fuerte y directa que la de la propia vida: en nuestra vida hay numerosos factores externos que no dependen de nosotros y que, hasta cierto punto rebajan nuestra responsabilidad respecto de lo que sucede. Esto tiene dos vertientes

¹⁵ DOMINGO, Tomás: art.cit., p. 22.

contrapuestas: por un lado, el niño va dándose cuenta de que tenemos que cuidar lo que hacemos, de que si queremos conseguir algo no podemos dejarlo al azar sino que debemos esforzarnos y hacer lo que hacemos de la mejor manera posible. Pero este descubrimiento de la responsabilidad también tiene también un lado oscuro y peligroso sobre el que habría que llamar la atención. Pues si el niño intenta aplicar en su vida esta experiencia tan fuerte de la responsabilidad que el ajedrez le muestra, se dará de bruces con la constatación de que en la vida real no todo depende de él mismo. Y creer que todo lo que nos pasa es culpa nuestra puede ser un inmenso lastre psicológico. Desde luego esto no es ningún motivo para abandonar la enseñanza del ajedrez, sólo un aviso de los extremos a los que no debemos llegar y de los peligros inherentes al propio ajedrez. Creo que, junto a la defensa de las virtudes del ajedrez, también debemos prevenir contra sus peligros, pues es muy importante entender qué se quiere conseguir con el ajedrez y enseñarlo de manera acorde.

Todos deberíamos tener claro que el objetivo del ajedrez en la educación no es, ni mucho menos, la creación de Grandes Maestros. Hay que ser vigilantes y cuidar este aspecto y no dejar que los niños caigan en una frustración que les haga odiar el juego. No podemos mentir al niño diciéndole que ha perdido por mala suerte, el niño tiene que comprender lo que hizo mal, responsabilizarse de ello e intentar evitarlo la próxima vez. Pero no podemos dejar que el niño convierta esta responsabilidad en culpabilidad. Desde el principio debemos distinguir un sano hacerse cargo de las consecuencias –analizando la partida, reconociendo los fallos–, de una perjudicial obsesión por los errores cometidos. La mejor manera de lograr esto es aprovechar la oportunidad de comenzar de nuevo, de jugar otra partida, en la que el recuerdo responsable pero no culpabilizante de los errores pasados nos ayude a hacerlo mejor. El juego del ajedrez, no hay que olvidarlo, no deja de ser un juego, y como tal hay que entender su relación analógica con el mundo moral. Las decisiones ajedrecísticas no son propiamente morales, y nunca hemos de hacer sentir al niño como si su mala jugada estuviera mal en sentido moral¹⁶.

En cualquier caso, tanto en el ajedrez como en la vida real, creemos que la responsabilidad que debe desarrollarse es la responsabilidad ante-

¹⁶ Una distinción que, como explica Pierre Aubenque, ya existe en Aristóteles: «la deliberación (βούλευσις) en cuanto tal no es una noción ética, sino que encuentra su empleo sobre todo en los ámbitos técnico y político. Pero aquí, como en otras partes, importa, antes de estudiar las condiciones de la acción moral, considerar la estructura de la acción en general» (AUBENQUE, Pierre: op. cit., p. 123).

cedente, no la consecuente. Esto no quiere decir que no haya evidentes relaciones entre unas y otras, pero creemos que la educación debe incidir más en la responsabilidad antecedente. Mediante el ajedrez, lo único que debemos pretender es que los niños se percaten de la estructura del obrar libre, que comprendan que sus acciones tienen consecuencias, y que el buen o mal resultado de una partida depende de nuestras buenas o malas decisiones en ella. Si un niño pierde una partida porque perdió la dama al sacarla prematuramente, no debemos obligarle a copiar 100 veces «no sacarás la dama prematuramente». El ajedrez refuerza y castiga las acciones del niño de manera natural, por lo que el docente sólo tiene que mostrárselo clara y explícitamente a sus alumnos.

Otro factor que refuerza esta intensa experiencia de la responsabilidad del ajedrez es el hecho de que sea un juego individual. En los juegos de equipo la responsabilidad de la victoria o derrota siempre es compartida, y por tanto difuminada. En el ajedrez no; siempre es uno mismo el artífice de su triunfo o derrota. Esto, de nuevo, tiene su lado positivo y su lado negativo. Por un lado es bueno que el niño experimente una soledad a la que tendrá que enfrentarse numerosas veces en la vida, es bueno que aprenda a afrontar situaciones similares y desarrolle medios para superar dichas situaciones por sí mismo y sin ayuda de los demás. Pero al mismo tiempo, también puede ser problemático hacer que el niño se sienta abandonado y desvalido ante ciertas situaciones, pudiendo reaccionar hundiéndose en lugar de superándose a sí mismo. Hay que tener cuidado con este punto y nunca abandonar a alumnos ante los problemas que el ajedrez pueda plantearles.

En cualquier caso, a pesar de que el ajedrez sea un juego individual, esto no quiere decir que no tenga un gran componente social. Siempre jugamos con alguien y en un contexto de más personas (la clase de ajedrez, el torneo, etc.). Más aún: los juegos, y especialmente el ajedrez, nos descubren al otro en una nueva dimensión, que es la suya propia y auténtica. El otro no es ya sólo quien me ayuda o me estorba, deja de ser visto como algo puramente referido a mí, como una cosa, como un instrumento; el otro se me aparece como un igual a mí en tanto que jugador. El que juega conmigo es otro igual a mí porque tiene sus propios planes, sus ideas y sus piezas, y tengo que tenerle muy en cuenta. El ajedrez pone al jugador en una relación auténtica con el otro, no en relaciones convencionales y tipificadas socialmente: ser alumno, ser compañero de clase, ser hijo. El otro que juega conmigo al ajedrez es un ser único e irreductible, igual a mí. Al jugar al ajedrez aprendemos a ponernos en el lugar del otro y empatizar con él. Trasladarnos desde nuestra propia perspectiva a la

del otro es algo imprescindible en el ajedrez: sólo empezamos a jugar realmente al ajedrez cuando intentarnos meternos en la cabeza del rival, intentar adivinar sus planes, los motivos detrás de sus jugadas. Esta capacidad de ponernos en el lugar del otro se ve muy reforzada con la práctica del ajedrez, y es difícil exagerar la importancia que esta capacidad tiene en nuestra vida. No sólo, como en el ajedrez, para sacar provecho de ese conocimiento; sino para comprender a nuestros semejantes y convivir mejor con ellos.

En el caso de los jóvenes y adolescentes, esta potenciación de la empatía no puede ser infravalorada, pues su importancia es capital. La violencia entre adolescentes y, en un sentido más general, su inadaptación y problemas emocionales provienen de esta falta de empatía que les impide comprender al otro y darse a comprender a sí mismos, lo que les hace sentirse aislados y caer en una espiral de frustración. El ajedrez en estos casos muestra vías de comunicación y comprensión, permitiendo a los jóvenes salir de su ensimismamiento.

Quizás sea ésta la mayor virtud del ajedrez y su más provechosa ejemplificación de la libertad y responsabilidad humana. Pues es cierto que nuestra propia libertad es descubierta en muchas otras situaciones. Pero la libertad del prójimo es muchas veces más difícil de reconocer o al menos nos cuesta más reparar en ella. El ajedrez enseña a tomar en cuenta la libertad del otro, a comprender al otro como un sujeto libre cuya situación es análoga a la nuestra. Un sujeto libre que, por ello mismo, también es responsable de sus actos. Responsable y, podríamos añadir, responsabilizable. Se descubre así la dimensión intersubjetiva de la responsabilidad, por la cual la responsabilidad es algo que atañe e incluye también a los demás.

8. Conclusiones

El ajedrez, como hemos visto, posee unas características y da lugar a una experiencia de un valor incalculable para la educación. Tras el recorrido fenomenológico-hermenéutico por la esencia de la responsabilidad y del juego, y tras haber entendido realmente qué está en juego con la educación, hemos podido concluir que el juego, y en concreto el ajedrez, es una herramienta pedagógica incomparable.

Así pues, con estas últimas palabras, me gustaría exponer cómo el ajedrez podría inscribirse dentro de una educación más humana y más centrada en los valores. Como decíamos al principio y retomamos ahora, el ajedrez es un instrumento educativo, pero no sólo eso. El ajedrez es mucho más que un utensilio, su significación rebasa su

estricta consideración utilitaria, por cuanto nos descubre con prístina claridad una esfera de valores humanos que hoy desgraciadamente estamos acostumbrados a desatender. Por su naturaleza y su complejidad, el ajedrez se convierte en el lugar de una experiencia privilegiada de la libertad y responsabilidad, fenómenos que precisamente constituyen el núcleo de nuestra humanidad. Y es muy necesario hoy en día que la filosofía gane todos los aliados posibles para esta empresa responsabilizadora, pues lo único que puede salvarnos frente a los desafíos y amenazas que el mundo contemporáneo nos presenta -cuya punta de lanza son los avances científico-técnicos, pero que también provienen de ámbitos como la sociedad y la política es una renovada y reforzada práctica de la responsabilidad.

En una sociedad fragmentada y masificada, el ajedrez tiene mucho que aportar a nuestra dimensión social y comunicativa. Frente a la alteración continua a la que nos someten medios de comunicación e internet, sentarse junto a otra persona y establecer una auténtica y verdadera comunicación con ella a través de las piezas de ajedrez puede suponer un gran avance en nuestra reconstrucción como sujetos, permitiéndonos alcanzar una humanidad que muchas veces sentimos coartada.

Desde esta perspectiva, el ajedrez pasa a entenderse como algo más que un juego; el ajedrez sería algo así como un campo de prácticas para la vida. La propia filosofía haría bien en tomar al ajedrez como un aliado, especialmente en lo que a la educación temprana se refiere, pues los lazos que unen estas dos disciplinas son más numerosos de los que habitualmente se cree. Como decía Lasker, el segundo campeón mundial de ajedrez: «La misión del ajedrez en las escuelas no es la erudición de sacar maestros de ajedrez. La educación mediante el ajedrez debe ser la educación de pensar por sí mismo». De igual modo, deberíamos comprender los filósofos que la misión de la filosofía en la escuela no es la de crear filósofos o eruditos de filosofía, sino enseñar a pensar y a vivir. El cometido de la filosofía dentro del proyecto educativo debería ser el de mostrar las posibilidades de una vida más plena y más humana, poniendo de manifiesto nuestra inextirpable condición de seres libres y responsables, y la esfera de valores que esta libertad humana nos descubre.

*Recibido el 2 de mayo de 2015
Aprobado el 22 de abril de 2016*

Marcos Alonso Fernández
Becario de la Fundación Oriol-Urquijo
marcos.alonso@ucm.es